

Ignorando el presente y el porvenir del socialismo

E.
MIRET
MAGDA
LENA

La Iglesia tiene —como gran organismo que es— una lentitud peligrosa en sus decisiones sobre el mundo moderno. Son tardías, tímidas y —a veces— incomprensiblemente negativas para cualquier que viva las inquietudes del momento.

La sociedad europea se encontró en el pasado siglo con la Revolución Industrial. Los medios técnicos de que disponía hasta entonces el hombre eran muy limitados y generalmente a nivel puramente artesanal. Por eso la sociedad era preferentemente una sociedad de artesanos, dentro de una estructura muy rural.

El siglo XIX hizo dar un vuelco a esta situación. El invento del vapor y de los grandes procedimientos mecánicos lo modificaron todo. La civilización microestructural, que era la característica social hasta entonces, fue haciéndose una civilización macroestructural.

Lo malo es que en el mundo nos ha pasado como en las pequeñas empresas. Estas comenzaron muchas veces por ser un asunto casi familiar, dependiendo en todo de una persona: el patriarca más o menos artesano y omnipotente. Llegó, sin embargo, en muchas de ellas un momento en que el mercado moderno las forzó a desarrollarse. Ese fue el punto clave de su transformación. Si el responsable era inteligente y con perspectiva, comprendió que no bastaba con aumentar cuantitativamente, sino que su pequeña organización tenía que dar un salto cualitativo. No se trataba de tener más locales, más personas y más artículos: lo que se necesitaba era otro tipo de organización. La mera centralización autocrática —como le ocurrió a Ford y a la General Motors— llevaba al fracaso dentro de este aumento cuantitativo; y el afán meramente numérico llevaba a una sociedad del consumo por el consumo, que ha abocado en dramáticos callejones sin salida.

En esta situación nos encontramos hoy, no sólo en el mundo occidental, sino en nuestras tierras también. Los conflictos sociales, el terrorismo, la espiral de violencia, la contaminación de las aguas, la polución atmosférica, la esclavitud de la máquina y de las computadoras, el derroche de materias primas, son algunos de los efectos que taponan casi toda visión y transformación del porvenir.

Pero no achaquemos todo esto a defecto de moralismo, sino a que no hemos sabido organizar el mundo actual para que los hombres puedan ser más hombres. En las estructuras de nuestra sociedad, y no sólo en los individuos, está incrustado el individualismo egoísta, el materialismo a plazo inmediato como única meta, la

agresividad competitiva y el afán de puro lucro. Y el resultado no puede ser más desesperanzador.

Sin embargo, todo hubiera podido ser encauzado de otro modo si, en vez de hacer pequeños correctivos moralizantes, hubiésemos atendido a las llamadas de esos personajes sociales que, coincidiendo con la Revolución Industrial, propusieron una organización socialista de las estructuras del mundo moderno.

La Iglesia institucional que, desde hace siglos, sólo mira al pasado, no comprendió ni aceptó este cauce transformador. La pesada carga de su organización burocrática y centralista le hace ir siempre a remolque (un pesado remolque) de las variaciones del mundo. Ahora lo vemos con las declaraciones y condenaciones angustiosas del Episcopado italiano, de monseñor Benucci y hasta del Papa, que emplea la palabra "traición" para calificar a los católicos que en Italia quieren despegarse de forma efectiva de la organización capitalista o semicapitalista de la democracia cristiana. La Iglesia institucional sólo se ha preocupado de conservar privilegios y de autodefenderse, para que no cambie su "establishment". Y ahora sigue sin darse cuenta de la ocasión que se le presenta de dejar de una vez su alianza con el poder del dinero o de la fuerza.

Muchos nos vamos dando cuenta de que esta gran institución, en vez de ser un faro para los hombres, incluso una conciencia crítica serena de los defectos que en todas partes se encuentran, se convierte en un impedimento para la transformación requerida por nuestro mundo.

Ayer fue su enemiga total y cerrada al socialismo de cualquier tipo y estilo que fuera, y hoy continúa sin ver que el socialismo —incluso el científico— no es su mayor enemigo, sino el capitalismo, que no posee ni fomenta los móviles que son coherentes con el cristianismo. Los resortes de nuestra civilización occidental, mantenidos fuertemente en su estructura política, económica y social, son unos resortes bien poco humanos, porque parten siempre del individualismo egoísta y de corta mirada.

En cambio, el socialismo parte de una visión del hombre como apertura a los demás, que repudia encerrarse en sí mismo. Por eso el socialismo (sea lo que sea de sus detalles concretos ideológicos o prácticos) posee una base humana y estructural mucho más concorde con el Evangelio que las motivaciones y estructuras en que se fundamenta el capitalismo occidental.

Comprendo que esta alergia antisocialista de la Iglesia romana se produjera en el siglo pasado en parte por la carga anticlerical de que estaba impregnado el socialismo inicial de bastantes de sus propugnadores. Pero eso no justifica su postura, que debía haber estado muy por encima de las contingencias del momento. La misión de la Iglesia debería ser abrir a los hombres hacia más y mejor; y no cerrarlos en las estrechas filas del propio egoísmo en lo que respecta a la organización de la sociedad o en la vida del espíritu. Debía haber fomentado eficazmente la implantación de estructuras sociales que fomentasen una mayor calidad de vida en lo físico, lo sensible, lo psíquico y lo espiritual; en vez de haber tenido en la boca palabras puramente sentimentales de amor ineficaz, y haber vivido muy a gusto con unas estructuras sociales que fomentaban la lucha despiadada de unos contra otros, como vemos en la dorada jungla (pero jungla al fin y al cabo) de nuestro Occidente llamado cristiano.

Todos hubiéramos necesitado la ayuda de esta mirada amplia y con perspectivas de futuro de los dirigentes espirituales de la Humanidad. Pero estos dirigentes fueron como los pastores mercenarios del pueblo hebreo, que miraron más por sí mismos que por los demás. La lectura del profeta Ezequiel contra los pastores de Israel resulta casi un retrato de lo que hemos visto en la Iglesia en estos últimos dos siglos. "Así dice el Señor Yahveh: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacientar el rebaño? Vosotros os habéis tomado la leche, os habéis vestido con la lana, habéis sacrificado las ovejas más pingües...". El resultado es que "las habéis dominado con violencia y dureza", y, por eso, a la vista está lo ocurrido: "se han dispersado".

Las condenaciones tajantes, infantilmente tajantes, que la Iglesia ha fulminado contra el socialismo, desde hace siglo y medio, han sido un dato más de este dominio cerrado sobre los fieles por unos pastores sin visión y sin más afán muchas veces que la autoconservación. Por eso hemos de analizar con cuidado esta postura negativa para nunca más caer en ella, apartándonos de los consejos temerosos de estos pastores que imitan a los de Israel. ■